

## LA SIEMBRA DE NUBES

Claudia Apablaza<sup>1</sup>

*Para el Chano  
y mi abuela Carmen*

“Mi destino está unido a él. Quizá ambos  
deseemos una escapatoria, pero no existe.”  
Carmen Ollé, *Por qué hacen tanto ruido*

“He dudado mucho antes de emprender el relato de mi viaje a W.”  
Georges Perec, *W o el recuerdo de la infancia*

Eso fue lo primero que hice cuando me avisaron que había ganado la beca para estudiar la técnica de la siembra de nubes en Banff: comenzar a preguntarme dónde dejar las pocas cosas que he alcanzado a juntar en este minúsculo departamento que arriendo desde hace cinco años en Santiago centro: libros, ropa, muestras, fotos de familiares, fotos de las nubes, algunas carpetas. Un edificio donde se usa el mínimo de recursos, no más de treinta metros cuadrados, para no malgastar luz, ni gas, ni agua, ni nada.

Irme lejos, estudiar otras alternativas para las sequías, demostrar que la siembra es tóxica y nos terminará matado de aquí a pocos años.

Miro la pared blanca, aún quedan rastros de los clavos que saqué ayer. Esa huella que no se borra del todo aunque ponga pasta muro. Yeso, cemento, yeso encima. Vuelvo a tomar un poco más de té, mastico una galleta de las que compré en el almacén de la

---

<sup>1</sup> Claudia Apablaza (Rancagua, 1978). Es escritora, editora y doctora en literatura. Ha publicado el libro *Historia de mi lengua* (2022); las novelas *Diario de quedar embarazada* (2017), *Goo y el amor* (2013) que recibió el premio cubano Alba de narrativa para autores menores de 40 años de Latinoamérica y el Caribe, *EME/A* (2010) y *Diario de las especies* (2008). Los libros de cuentos *Todos piensan que soy un faquir* (2013), *Siempre te creíste la Virginia Woolf* (2011), y *autoformato* (2006). Sus libros han sido publicados en España, México, Chile, Perú, Estados Unidos, Venezuela, Italia y Cuba. Sus textos se han traducido al inglés, francés, portugués, ruso, alemán e italiano. Actualmente es editora de Los libros de la Mujer Rota y realiza un posdoctorado en la Universidad Autónoma de Barcelona referido al tema de literatura y violencia de género.

anciana de ochenta años. Las hace ella: miel, avena y pedacitos de cáscara de naranja. Pienso en cómo todo se agolpa antes de un viaje. Todos los recuerdos, las imágenes, y cómo soy incapaz de procesarlos.

Voy a mi habitación. Saco del velador un cigarro de los que tengo escondidos. En el balcón lo enciendo, calo fuerte, siento que el humo entra directo a mi cuerpo. Veinte segundos, no lo suelto. Queda ahí dentro, me gusta esa sensación, dañándome un poco cada vez más, haciéndome desaparecer desde dentro. Lo apago con la punta del zapato. Lo escondo entre dos maceteros. Al lado, un frasco que siempre tengo para recolectar las lluvias y analizarlas. Un estruendo fuertísimo. No me acostumbro al ruido que sube desde el suelo hasta acá arriba. Piso 21. La parte más alta de este edificio, que elegí minuciosamente para estar más cerca de las nubes.

\* \* \*

Arturo sabía desde el principio de nuestra relación que si me ganaba la beca, me iría. No imaginó que podría suceder tan pronto. Me decía que era muy difícil, porque las becas no se las dan a las mujeres. Las becas aún se las dan a los hombres, sobre todo en ciencias. Si postulas a algo de Humanidades puede que te la den, pero en ciencias, jamás, menos a mujeres que se acercan a sus treinta y cinco. Eso está en las estadísticas, están publicadas, míralas, me repetía siempre, con la clara intención de dañarme. Si te quieres ir a estudiar, tendrás que juntar el dinero e irte por las tuyas.

Laura también sabía que si me ganaba la beca, debíamos separarnos, ella no podía viajar conmigo. Aunque yo quisiera, aunque ella también lo quisiera.

Su casa.

Las plantas.

El trabajo.

Su familia.

Las amigas.

El miedo.

La ciudad que vivió desde niña.

La cordillera.

\* \* \*

Escucho bocinas todo el día, desde que despierto a las 6 a. m. Desde niña el ruido me altera, también el exceso de personas en un mismo lugar. El sonido sube y alcanza más altura. Otros ruidos también viajan desde el suelo hasta acá y luego siguen quizás hasta dónde: gritos, risas de niños que juegan, guitarras, duchas de los vecinos, ollas, sexo intenso, una escoba arrastrándose en el suelo, el pito del microondas, tríos, una mujer que canta una canción triste, un perro que ladra, la cadena del baño, una cebolla que se fríe. Sonidos que rebotan y duelen en mis oídos. En las noches duermo con tapones y un cojín aplastándome la cara.

Tomo el tiesto y riego las pocas plantas que me quedan. Recolecto el agua de cuando lavo la loza. Dos hermosas siemprevivas y una planta de jade. Un balde debajo de los platos. El agua que sobra se va directo a ellas. También la uso para trapear el suelo.

Diez gotas a cada macetero. La tierra está húmeda aún. La palpo con dos dedos y siento el aroma de la tierra mojada. El índice y el pulgar. Lo paso por mi boca y lengua. Ese sabor a fierro que me encanta desde que soy niña.

Cuando me vaya, quisiera dejarle las plantas a Laura, aunque desde que le dije que me iba está distante, no contesta todos los mensajes, me evade. Nos conocimos una tarde en que tomaba cerveza en el bar de abajo del edificio. Yo había ido por un vino para traerme a casa. Me senté a esperar a que me atendieran. La miraba de reojo, la escuché hablar con el barman y supe que vivíamos en el mismo edificio. Un poco tímida contesté sus preguntas. Me invitó a una copa. Nos quedamos hasta que cerraron. Bebimos gin con jugo de pomelo. Luego nos fuimos a su casa. Me quedaba una dosis de eme que me había regalado Andrés, el jefe del laboratorio. Pasé antes a casa a buscarlo. Laura nunca lo había probado.

\* \* \*

Limpio las hojas de la siempreviva con un papel viejo que encuentro en mi bolsillo. Está ahí hace semanas, me resisto a tirarlo. Las hojas están llenas de tierra, el *smog* que circula por Santiago centro y que deja todo oculto bajo un polvo gris y triste. Sus puntas se resisten a opacarse, están moradas aún, la única planta que ha sido denominada como eterna y que en verano se pone gigante y brilla.

Miro el cielo. Las nubes se juntan y distancian. Intentan dibujar un nombre, una palabra reveladora, una señal de algo. Un tipo de escritura que, si supiéramos deletrear, tal vez nos ayudaría a dilucidar las formas de enfrentarnos con el futuro. Ojalá me dijeran algo de lo que viene, del viaje, el Toño, de qué hacer con todo esto que se agolpa en mi cabeza, en rincones escondidos de mi cuerpo. Si dejar todo esto o no. Si es lo que realmente debo hacer.

\* \* \*

Hace días que puse en venta los muebles, el escritorio, la cocina. Ya me he despedido de las pocas amigas que tengo. La casa está vacía. El exceso de objetos también me altera. Las paredes cada vez más blancas y sin agujeros. No tengo casi nada en la despensa. Solamente algunos alimentos que no necesitan cocción. Duermo con una lámpara a ras de suelo, encima de un colchón, sin velador, solo con un libro de noche rozándome la espalda si es que me muevo demasiado.

Pinté la pieza, también la salita y el baño. Limpié los rincones. Dejé todo listo para entregarle en unas semanas el departamento intacto a su dueña. Una mujer de cincuenta años que tiene más de treinta propiedades en el centro, que las ha ido acumulando para tener una vejez digna, me dijo cuando la conocí.

Regalé platos, tazones y vasos. Tiré ese sartén que usé tan poco y que tenía el mango medio oxidado. Me quedan pocas semanas en este lugar. Vivir así: con la amplitud de un espacio blanco que se va extendiendo desde el suelo hacia los techos. Un manto limpio y que envuelve, haciéndose infinito y mutando dentro de sí mismo, gracias a ese atributo de la falta de color.

\* \* \*

En el rincón del comedor, aún hay un par de cojines y esas diez cajas apiladas con libros que tenía en mi biblioteca. No los llevaré a este viaje. Separé para leer antes de irme *Los pasos perdidos* de Alejo Carpentier y *Los niños de Rusia* de Julia Auger. Una historia espesa, densa y un libro triste.

Pensé que tal vez podía dejárselos a Arturo. Siempre supe que Arturo no se imaginaba un futuro lejos de mí. Yo a veces lo dudaba. Por momentos creía necesitarlo, a pesar de todo. Meses sin vernos, solo una comunicación entrecortada y agónica por redes sociales. Monosílabos. Sus celos constantes, sus gritos. Mis evasivas. Algunas llamadas telefónicas al mes. O que nuestra relación terminara apenas yo partiera de Chile. Él sacaba el tema y yo intentaba cambiárselo. Me recalaba que no quería separarse, que ya llevábamos tanto tiempo. Que además mucho se lo debía a él. Me hablaba de hijos, de una casa grande de dos pisos, de un barrio tranquilo, luminoso, con tres perros y un jardinero que nos ayudara a limpiar el patio. A mantener las flores. Seguro que también pensaba que yo dejaría el laboratorio, que dejaría todo y me dedicaría a cuidar a nuestros hijos del futuro.

Le envié un breve mensaje para decirle que me habían dado la beca para Banff. No me habló en toda la tarde. Me llamó recién por la noche, con una voz media entrecortada, incómoda, extendiendo unos largos silencios.

En sus preguntas indirectas intuí que quería irse conmigo. No quería cortar la relación de dos años y medio que teníamos. Insinuó algo así como que me esperaba y que podría ir a visitarme. Amaba Canadá, el clima frío, los proyectos de construcciones sustentables y ese orden que se respira en las montañas de Alberta. Podría aprovechar

y hacer allá un posgrado, una pasantía en algún centro. También mencionó que podríamos casarnos antes de partir. Le dije que no era algo que quisiera hablar por teléfono.

\* \* \*

*Ame... Amelia, entonces... no sé, creo que es mejor que no te vayas.*

*Lo nuestro... Y bueno, tus padres... Ya sabes... Están mayores... Además llevamos tanto tiempo. Hemos pasado cosas difíciles, ya estamos en edad.... Y pienso sobre todo en tus padres, tu familia... Piensa en nosotros también, Ame, ya hemos superado tantas cosas juntos, yo he cambiado, tú también has cambiado mucho conmigo, no puedes negar que te he ayudado con todos tus rollos, tus padres, el laboratorio, tu trabajo... Tampoco quiero que te pase nada. A veces no te mides con, bueno, tú sabes...*

\* \* \*

Comencé a planificar todo, visité a mis padres en Rancagua, le envié un mensaje a la dueña del departamento. Le dije que lo dejaba. Hablé con un par de amigas para saber si alguna quería arrendarlo. Llamé a Andrés, que me iba a Banff a estudiar al fin la siembra de nubes, que él sabía lo importante que era que lo hiciera, que me diera fuerza porque tampoco es fácil irse así, de un día para otro y dejar todo a la deriva. Que me iba a Alberta, a la beca que él y Carol, la subdirectora del laboratorio, me habían ayudado a postular por segunda vez. Llenar formularios, cartas de recomendación, manejo del idioma, proyecto a investigar y motivaciones varias.

Ir a ver a mi abuela. Estar con ella lo que más pueda estas últimas semanas, que me cuente un poco más del Toño, esa historia que todos han querido silenciar para no hacer más daño.

\* \* \*

El lunes fui a sacar mis delantales a la hora en que ya no quedaba nadie. No quería topármelos. Etiquetar algunas muestras con una letra legible. Limpiar a fondo mi mesa y las herramientas que usaba desde hace siete años. Pasar alcohol puro en cada rincón atestado de grasa y residuos. Dejar limpio y vacío ese espacio que compartía a diario con un par de compañeras de la universidad y todos los practicantes que pasaban mes a mes. Dejar de respirar ese olor al que me siento adicta desde que entré a estudiar, que lo aspiro fuerte cada vez que entro al laboratorio: mezclas de colorantes, agua oxigenada, alcohol, etanol y fuego. Sacar también todos los carteles de TÓXICO, PELIGRO PARA LOS OJOS, POSIBLE RADIACIÓN, INSTRUMENTO PELIGROSO, USE GUANTES, USO OBLIGATORIO DE MASCARILLA. Dejar por un tiempo los turnos y las intensas horas de trabajo de cuando descubríamos algo nuevo y salíamos al bar de la esquina hasta quedar borrachas, lo que calmaba mi ansiedad constante. Al

bar que quedaba a media cuadra, en la intersección de la Alameda con Serrano. Como cuando Carol apareció en la lista de las mejores científicas jóvenes de una importante revista latinoamericana. Estaba involucrada en una investigación acerca de la palma chilena y cómo su inminente extinción cambiará el clima de algunas zonas de Chile y, tal vez, de todo el mundo.

\* \* \*

Todos los días de una oficina a otra. Un cierre. Administrativos haciéndome preguntas incómodas. Repetir una y otra vez lo mismo. Exámenes médicos, el certificado de antecedentes, de enfermedades previas, cronicidades, el certificado de ética de la investigación científica, sacar un seguro de salud con cobertura internacional y repatriación por muerte de ser necesario, timbrar los títulos universitarios en el Ministerio de Educación y en el de Relaciones Exteriores.

Correr de una oficina a otra para dejar registro, autorizaciones.

Dejar la huella de que me fui.

\* \* \*

La colección de suculentas que tenía en el balcón fue desapareciendo. Le pedí a las chicas del laboratorio que vinieran durante estas semanas a llevárselas. Algunas incluso se llevaron dos: plantas de jade, piedra lunar, planta rosario, siempreviva y mi favorita, el ojo de dragón, esa planta con una intensa flor morada tan característica de los climas cálidos y que necesita en invierno la luz directa para no morir de frío.

El balcón lleno de verde fue poniéndose cada día más gris. Empezó a mimetizarse con la oscuridad de la calle hasta hacerse una sola.

Descolgué los maceteros verticales que me ayudó a construir Arturo y que Laura me ayudaba a cuidar: no exceder en agua ni en exposición a la luz, ponerle vitaminas cada tres meses.

Regalé, por último, las plantas de tomates que me costó tanto que dieran, pero que un día comenzaron a brotar enloquecidas.

Viajé a Rancagua y le pregunté a mis padres si podían quedarse con los libros de la biblioteca del Toño hasta que yo regresara. También le pedí a mi abuela el número nuevo de mi prima Lucrecia, para ver qué hacíamos con los libros. Mi abuela no quiso dármelo... Me dijo que antes debíamos conversar... que ya era hora, que tal vez no volveríamos a vernos, que dejara de evadir eso, que ella tiene más de noventa años, que no soy niña y que hace mucho le hago el quite, que él podría ser... Además, que todos han querido omitirlo porque eso se hace con el pasado, se calla... se sepulta.

El Toño no ha estado bien, Ame –me dijo–, se enferma cada tanto, diabetes, problemas de los riñones, algo en una pierna, en cualquier momento... Ya sabes... Bueno, es importante que sepas que tu madre y él...

Mis padres dijeron que no podían quedarse los libros, que se los dejara a Arturo, que no querían por ahora de regreso esos libros en su casa. Tal vez nadie quisiera esos libros de regreso porque han pasado tantas décadas. No quieren saber nada de él, no lo llaman por teléfono, ni siquiera saben si aún vive en São Paulo o volvió a Mogi das Cruzes.

Mi madre intentó cambiar de tema. Se paró del sillón y dijo que iba por un vaso de agua a la cocina y algo para comer. Mi padre se puso a mirar los mensajes de su teléfono que yo miraba de reojo.

\* \* \*

*Ame, acá puedes dejar tu ropa, tus plantas. Los libros ocuparían demasiado espacio. No sabría dónde dejarlos... Déjaselos a tu abuela o a tu tía Rebeca, que seguro viajarán a Brasil pronto y podrían llevárselos al Toño.*

*Acá no, Ame. No tenemos espacio. Además que hace demasiados años que no vemos al Toño. Tú sabes que nosotros...*

*Y bueno, no insistas... Te vas a ir y vas a olvidarte de ellos apenas pises el aeropuerto.*

\* \* \*

No fue tan así, me dijo Rebeca, una de las hermanas de mi madre, cuando la visité, hace un mes en su casa de Avenida España en Rancagua. Le conté que me iba a Canadá a estudiar lo de la siembra y le pregunté si podía tener los libros hasta que yo volviera. Tomábamos té en esa antigua mesa de comedor que tanto me gusta. Una mesa larga, de caoba, para doce personas, donde se sentaron alguna vez mis tías y abuelos, también los amigos de la familia, una mesa que siempre estaba llena de gente, con manteles coloridos, en largos almuerzos, juegos de sobremesa y *whisky*, jugando al póker o la canasta, pero que ahora Rebeca ocupa sola, en el silencio que la caracteriza, en esa casa repleta de trastos.

Comíamos tostadas con miel y tomábamos de ese té con hierbas que siempre prepara: manzanilla, laurel, nuez moscada y orégano, que la ayuda a aliviarse de su enfermedad reumática y los dolores.

Rebeca es bióloga y me había ayudado cuando estudiaba en la universidad. Insistía en que me cambiara a Medicina, que investigar fenómenos climáticos no me serviría de nada. Iba a tener un mejor futuro, más dinero, una situación estable. Yo le decía que no. Lo mío era investigar, estar de cabeza metida en un laboratorio.

\* \* \*

*Han pasado demasiados años, Amelita. Hay cosas que deberías saber del Toño, pero yo sé que tus padres no quieren... O sea, tal vez lo sabes, pero no sé qué te pasa a ti con eso... seguro lo ves como una historia más que has escuchado desde niña, como un murmullo lejano. Es que nunca quedó del todo claro lo que realmente tuvo con tu madre... Bueno, sí, perdona, sé que no quieres que... Mejor háblalo con tu abuela. Una vez te pregunté si sabías cómo habían llegado a ti esos libros. Los tenías en la salita. En esa época yo quería hablar de todo, pero han pasado los años, me he reconciliado con muchas cosas y ahora ya no le encuentro sentido a hablar de todo esto. Además, siempre te digo que asocio mi enfermedad a seguir machacándome con los recuerdos... Que la Lily se fuera a Brasil, todo lo que pasó después.*

*Amelita, es que esos libros los tienes porque, bueno, tu abuela insiste en que tú eres... bueno... Sí, lo sé... Ame, además, yo creo que el Toño exageraba. No sé si lo expulsaron, realmente... No me mires con esa cara, no te molestes. No creo que esos mensajes hayan sido ciertos. No lo conociste y lo has visto tan poco. Creo que lo has visto una sola vez en tu vida. Habla con tu abuela y ella te debería decir qué hacer con esos libros. Tal vez donarlos a una biblioteca. Sería lo más sensato. No te enrolles más, tienes que preparar tu viaje. Si el Toño vuelve algún día, yo me encargo de decirle que ya no había dónde dejarlos... y bueno, no sé si los recuerda. Tal vez al Toño realmente nunca le interesaron estos libros, o quizás ni siquiera eran de él. No sé... han pasado tantos años. Déjalos, ándate tranquila...*

\* \* \*

La escuchaba atenta. Me molestaba que se lo tomara tan a la ligera. Oía en el patio ladrar a los diez perros de Rebeca. Todos hermanos, todos blancos y con deformaciones. Ciegos, sin un ojo, un par de ellos sin piernas. El más pequeño siempre ha sido mi favorito. Sin la pata trasera y una oreja a medio crecer. Cada vez que vengo, lo tomo en brazos hasta que se duerme en mis piernas como un niño. Ella ha insistido en no esterilizarlos. Dice que no podría hacer eso, que parir es parte de la vida, del ciclo vital, aunque sean perros con deformaciones. Le digo que sí, que nacen así porque se cruzan entre hermanos, pero también por las cosas que comen y beben, que todo está cada día más tóxico.

Una vez me pidió que viniera una semana a cuidarlos porque iba a irse de viaje. Los bañé a todos, les corté las uñas, les di antiparasitarios a los que vi muy flacos y ojerosos, les compré una comida especial para mejorar el pelaje. Dormí cada noche con el más pequeño, no sentía nada de frío durmiendo con él. Cuando llegó, le dije que me lo regalara, que lo cuidaría, que quería quedármelo. Me había encariñado con él. Dijo que no, que no podía separarlo de sus hermanos.

\* \* \*



*Ame, no es que no quiera quedarme esos libros, no lo tomes así. Acá no caben más cosas. Estoy tratando de deshacerme de a poco de algunas. Me gustaría que viniese un camión y se llevara todo. Pero debo revisar cada detalle. Cada cosa. Además, si viene la abuela, no me gustaría que los viera. Ella está obsesionada con la partida de la Lily, nunca lo pudo superar. Yo le digo que ya fue, que han pasado casi cincuenta años... Pero sí, el tema no es con el Toño, es con la partida de la Lily.*

\* \* \*

Sentí que Rebeca se contradecía constantemente. Que la Lily, que el Toño. Mientras la escuchaba, un perro se acercó a la puerta de entrada y la rasguñó con fuerza. Con una pata la golpeaba mientras lanzaba un pequeño aullido. Me dijo que la esperara, que tal vez tenían hambre.

La miré levantarse. Cojeaba con su pierna derecha, arrastrándola un poco y agarrándose con fuerza la cadera; dejando ver cómo la suela de goma del zapato derecho se ha marcado de forma irregular. Hacía una curva que le permitía avanzar mejor, como una turbina que le proporciona el ímpetu para desplazarse.

Rebeca tiene una enfermedad reumatológica. Eso la ha ido dejando de a poco con algunas dificultades de movilidad. Siempre le traigo hierbas para que la alivien. Eucaliptus, aloe vera y cúrcuma.

Se fue hacia la cocina, de lejos se escuchaba un abrir y cerrar ollas. Seguro buscaba algo para darles de comer. Regresó con un enorme plato de pollo deshuesado y fideos, y aparte, un cogote para la perra más vieja, que le gustaba chuparlo.

Comencé a espiarla de lejos. Les hablaba como si fuesen niños, los acariciaba y tomaba a uno en sus brazos como a un bebé. Empezó a mecerlo de un lado y otro. Le dio un beso en la oreja. En algún momento, cuando tenía al perro en sus brazos, miró hacia el cielo, se quedó ahí, quieta, como pidiendo algo. Seguro el cielo así, oscuro, la calmaba.

\* \* \*

*Creo que él dejó esas cosas porque no sabía qué hacer con ellas. Lo único que quería era irse de Chile y dejar todo atrás. Que otros se hicieran cargo de lo que él no pudo. Eso siempre lo hacen los hombres. Que otros se hicieran cargo de sus cosas, de su vida. Las podría haber donado a un asilo. No hay ningún misterio. Él quería ser libre, dejar a la Lily. Además, creo que no tenía para qué irse como lo hizo. Se podría haber quedado. No salió a la fuerza. No me contradigas. Nunca más regresó, pero sé que no salió a la fuerza. Yo creo que le hubiese gustado que lo echaran. Eso pasó, él quería sentirse expulsado de su país y así sentir lo mismo que estaban sintiendo muchos de sus amigos del partido, sentirse partícipe de esa batalla,*

*del colectivo. Tal vez has escuchado muchas cosas de él, pero no creas todo lo que te dicen. Ustedes siempre van a terminar diciendo que lo echaron para después sacar provecho. Ni siquiera lo conoces, no sé para qué lo defiendes si no lo conoces. Tal vez te vio cuando eras niña, una vez intentó acercarse a ti, pero tu madre dijo que no, que no correspondía y bueno...*

\* \* \*

Me sentí asfixiada. Las palabras de Rebeca volvían el aire denso. Respiré hondo, miré hacia afuera, el cielo se estaba oscureciendo cada vez más. Unas nubes negras intentaban fusionarse con unas blancas, sentí mis ojos nublados.

Fui a la ventana, le hice una foto a las nubes, les puse fecha y la envié a la carpeta. Miré a los perros pelearse por el cogote de pollo. El que tiene solo un ojo me quedó mirando fijo y me mostró sus enormes dientes. Recordé *Corazón de perro* de Laurie Anderson: “Mirá, esto no es un bebé humano, sólo pariste un perro”.

\* \* \*

*Ame, yo era como tú, muy afín a él, como muchos jóvenes. Le creía todo, las cosas que pensaba, pero eso era solo en la época universitaria, es que nos prometieron mucho. Yo estudiaba Biología en el Pedagógico y estaba metida en todas, pero después, cuando uno comienza a trabajar las cosas cambian. ¿Cómo que no? Es obvio. Una se ve enfrentada a responsabilidades, a pagar colegios, deudas, cuentas, la ropa de los hijos. Sí, las cosas para mí cambiaron, salí de la universidad y se me pasó todo, vi cómo es realmente la vida. Es difícil, las cosas cambiaron: primero trabajé de profe, después puse el colegio y bueno... en esos años cuando se quería levantar la educación en Chile, los colegios particular-subvencionados recibimos mucha ayuda de ese gobierno.*

*Él en, cambio, él quiso irse lejos sin que lo estuviesen persiguiendo, dejar acá a la Lily y a su hija Lucrecia, tu prima, que tampoco conoces, porque seguro se sentía muy joven para tener una familia. Quizás alguna vez vas a entenderme, Ame. No me mires así. No te molestes. Te he dicho que no hablemos de estos temas porque pensamos distinto. Las cosas no son como piensas. No me mires con esa cara. Aún no te casas ni tienes hijos y la vida no es como la imaginas. Todo cambia cuando eres madre, lo vas a ver con los años. El Toño se fue con sus amigos del partido. También, y de seguro, para encontrar un mejor trabajo. Acá en Chile trabajaba para una oficina que cerró con los años, creo que en el 78, una sede de la Reforma Agraria, pero era solo un funcionario más, no tenía un cargo de confianza, era administrativo y contador. Cuando aparecieron los rumores del cierre, comenzó a buscar trabajo y no lo encontró. Pasaron meses, años. Nunca encontró. Nos dijo que debía irse. En esa*

*época éramos cercanos, sí, lo éramos, e incluso podría decirte que éramos grandes amigos. Pero ya sabes, las amistades se miden en los momentos difíciles...*

*Él tenía ya a su primera hija, Lucrecia; estaba casado con mi hermana, la Lily, y desde Brasil podría enviarles algo de dinero. Dicen que se fue con un amigo, el amigo sí era perseguido. Eso dicen porque nunca nadie los vio irse, aunque está el rumor de que uno de los hombres que les hizo el cuestionario cuando pasaron por la frontera, después llegó a vivir acá, a Rancagua, a trabajar en una comisaría, en el año 84. Tu abuela lo conoció de casualidad en las obras sociales y le contó que él había visto pasar a un tipo en moto al que le faltaba una mano y esa imagen le había quedado grabada para siempre. Pero pueden ser rumores, coincidencias. No sé. Tampoco se acordaba si iba solo o con alguien.*

\* \* \*

Me levanté y caminé desde el comedor hacia el patio, mientras repetía en mi cabeza las palabras de Rebeca. En el living vi un par de cuadros, unos retratos en óleo que pintó mi abuela y unas fotografías con marcos dorados de personas que no conozco, otras de familiares que sí, todo al lado de la Virgen de la Aparecida, una virgen negra a la que la Rebe le pedía diariamente por salud, dinero y aliviar sus dolores.

A Rebeca siempre le ha gustado enmarcar fotografías, compra marcos en supermercados o en las galerías de la calle Independencia. Las envía a ampliar a esos locales que aún quedan en el centro de Rancagua. Unos negocios atendidos por sus dueños, tiendas en casas de adobe que se están cayendo a pedazos. Tiene varias fotos de sus nietos en graduaciones y ceremonias religiosas. Todos con ropas elegantes.

La vela que tenía la virgen, se estaba apagado de a poco.

Cuando llegué al patio, respiré hondo, sentí el olor a tierra, a humedad y a aire fresco. El cielo estaba cada vez más oscuro. Inhalé con fuerza. Por mi nariz y boca entró un aire frío, intenso. Las nubes se veían hermosas, densas y grises. Les tomé una foto que guardé en mis favoritas. Luego me detuve en unos pájaros, un pequeño gorrión y una loica que pasaron volando hacia un parrón enorme y viejo que Rebeca no ha querido cortar en años. Sentí el olor a perro tan característico de este lugar, un olor que se encarna en los cojines y en las mantas donde duermen. Que se queda atascado en la nariz.

\* \* \*

*Ese amigo que supuestamente iba con él, sí estaba metido en todo lo que estaba pasando en esa época. Ambos iban en moto. No logro acordarme de su nombre ahora. Empezaba con a o con v, de verdad no sé. Vivía por Baquedano, con su mamá, cerca de la línea del tren. El Toño siempre lo iba a ver, tenían una casa llena de plantas,*

*su madre cocinaba muy bien y el Toño siempre hablaba de eso. Ella también era del partido. Su amigo tenía un cargo de confianza.*

*Siento que todos han querido borrar parte de esa historia, por la Lily y por tu abuela. Ambas sufrieron cuando él se emparejó con otra y la dejó con la niña acá en Chile.*

*La que más sufría era tu abuela, se pasaba llorando e intentando comunicarse por teléfono con la Lily una vez que ya logró irse a Brasil, siguiéndolo. Pagaba cuentas enormes, algunas de cobro revertido que ella le hacía. Yo la visitaba, le decía que no sufriera, que la Lily había tomado una decisión y era adulta. Además era tan joven que de seguro iba a rehacer su vida, era muy guapa. No sé, me da pena decirlo, no quiero atacarte, pero ustedes son todos iguales, inconsecuentes la mayor parte de las veces, dicen que tienen una ideología...*

\* \* \*

Rebeca se levantó de nuevo. Dejó su celular encima de la mesa. Cuando se iluminó, vi sin querer que tenía un mensaje de uno de sus hijos: “¿Necesitas más remedios?”. Miré mi celular y tenía varios mensajes, entre ellos uno de Andrés: “Tienes que venir al laboratorio a firmar la renuncia. ¿Dónde dejaste una caja con muestras que habían llegado la semana pasada?”.

Busqué algo para tomar. Solo encontré el vaso que estaba usando Rebe. Miré el agua y estaba cristalina, aunque seguro llena de bichos por haber permanecido tanto a la intemperie: *Balantidium coli*, *Giardia lamblia*, o *Cyclospora cayetanensis* flotando. Lo agarré y me serví un poco de la que había en un jarro. Le hice cariño a la perrita, me saqué una selfie con ella y se la envié a Laura, además de un corazón y un fuego.

\* \* \*

Venía con un botiquín. Afuera tenía un dibujo de un perro con un gorro de cumpleaños. Lo abrió y vi unas tijeras, yodo, parches y gasa. Se puso unos guantes transparentes y me pidió ayuda.

La miré, le hice cariño en sus orejas que se sentían tensas, en su lomo y en la patita que tenía sana. Nos quedamos mirando, como buscando algo juntas en ese silencio. Vi en sus ojos tristes, los ojos de Rebe. Como todos los perros, siempre se mimetizan con la mirada y el carácter de sus amos.

\* \* \*

*Habla con tu abuela de esos libros y de todo lo demás que quieras saber. No tengo nada más que contarte. Tampoco quiero seguir hablando de esto.*

*Me duele lo que le hizo a mi hermana. Ella está aún por allá, sola en Brasil, medio enferma, y la vemos tan poco, cada dos o tres años. Solo tiene a sus vecinas y sus animales. Su hija también se fue de Brasil. Creo que Lucrecia vive ahora en Bristol e imparte clases en una universidad, se doctoró allá mismo y después la contrataron.*

\* \* \*

Afuera estaba casi completamente oscuro. Le dije que tenía que regresar donde mis padres porque me estaban esperando para cenar. Salimos al patio, miré el cielo y vi cómo las nubes negras se movían enloquecidas de un lado y otro. Eso me puso más en alerta.

Ella también miró el cielo y me dijo seguro que esta noche llueve. Cuando terminó de decirlo, sentí cómo caían dos pequeñas gotas en mi cabeza.

Al salir a la calle, escuché a los perros que ladraban fuerte desde lejos. De a poco se acercó a Rebeca ese que solo tiene un ojo y comenzó, con cierta ternura, a lamerle los zapatos.

\* \* \*

Cuando llegué a la casa de mis padres estaban todas las luces apagadas. Cuando hacían eso y yo era niña, sentía una soledad infinita. Todo tan oscuro, tan incierto. Al parecer salieron a cenar afuera. Me encerré en la pieza y me puse a escuchar música. Antes de dormir, le envié un mensaje a Rebeca para que me compartiera el número nuevo del Toño, tal vez debería hablarle, escribirle algo para establecer un primer acercamiento. Luego hice una lista, en una libreta que me regaló mi abuela, de las cosas que me quedaban antes de partir:

Llamar a la dueña para coordinar y entregarle las llaves.

Sacar el colchón y ropa a la calle para que se lo lleve el reciclaje.

Limpiar los vidrios.

Dejar todas las muestras en la casa de mis padres.

Sacar un seguro médico por dos años.

Llevarle las suculentas que quedan a Laura.

Buscar un lugar a todos estos libros.

\* \* \*

Al día siguiente me desperté y la lluvia era torrencial. Se escuchaba golpear en la ventana de mi pieza como cuando era adolescente. Miré hacia afuera y todo el patio estaba lleno de agua, los árboles se veían de un verde intenso, las pozas se acumulaban entre espacios de tierra seca que iba hidratándose de a poco. Se juntaban con un barro espeso que estaba estancado hace días por la intensidad del sol y la falta de lluvias. Solo cuarenta milímetros de agua en promedio en todo el país durante el año, decían los titulares. Un año triste, sin agua. Uno de los años más secos de las últimas décadas.

Las nubes se movían lento, como alargándose de a poco. Tal vez habían sembrado estos días. En la Sexta Región siempre usaban la siembra de nubes. Aunque sin autorización. Todo eso aún estaba investigándose, como en otras ciudades y otros países que la siembra es a destajo y tampoco estaba autorizada.

Los pajaritos bebé estaban en sus primeros días de vida, aprendiendo los olores y las formas, creciendo sus plumas, reconociendo a su madre y sus hermanos. De pronto, todo eso se acaba: el agua los desestabiliza, los bota de los nidos, caen desde lo más alto de los árboles, llegan al suelo, se aplastan y revientan.

Fui a la cocina y saqué un frasco de vidrio con tapa, de los que mi madre siempre guardaba en su despensa para las mermeladas y conservas. Lo dejé en el patio para que se llenara. Cada vez que llovía, tomaba muestras de las aguas, para después llevarla al laboratorio y ver con qué sustancias las habían intervenido.

\* \* \*

*Fíjate bien en las concentraciones de yoduro de plata, Ame. Solo comienza a ser mortal cuando se acerca a una cantidad muy alta, pero las siembras comprenden concentraciones máximas, muy menores a esos índices, por ahora, pero ya sabes que casi todas las lluvias ahora son de siembras. Hay países en que sabiamente está prohibida, como en Australia. Algún día sí estaremos en problemas, y será pronto, porque seguro se va a mal utilizar. Los rusos, los chinos... en algunos sectores de España. Recuerda lo de Chernóbil. El problema, dicen algunos investigadores australianos, no es medir esos índices, sino que los suelos también se ven afectados, lo que comen los animales, lo que cae sobre los árboles y eso es acumulativo. En fin, no es solo un índice el que miden, sino el del daño de todo el ecosistema a mediano y largo plazo.*

\* \* \*

Salí al patio. Sentí el olor a tierra mojada que me alivió, a lo verde de las hojas que se impregnaban de agua y algo de polvo suelto. Si cuando niña se ponía a llover y quedábamos todos repletos de barro, nos metían a todos los primos juntos enredados en la tina para ahorrar tiempo y agua. El agua salía primero algo oscura, luego

completamente negra como un pozo profundo. Nosotros nos reíamos, nos tirábamos agua y también bebíamos de ese pozo oscuro.

A mis cuatro años pensaba que esas nubes eran enormes monstruos moviéndose en el cielo, a punto de caerse en mi cabeza y aplastarme. También sobre mi casa y mi familia. Que moriríamos todos aplastados.

Dejé tres frascos afuera, en tres horas estarían llenos. Volví a la pieza y busqué el teléfono que se me había quedado enredado en la almohada. Pensé en Rebeca. Le envié un mensaje de audio de casi seis minutos.

\* \* \*

Mi madre golpeó la puerta de la habitación para preguntar si me quedaba a almorzar. Le dije que sí, pero que me iría temprano porque tenía que terminar un texto para presentar a una revista, y además seguir preparando mis cosas para el viaje.

Rebeca me había compartido el teléfono del Toño. Lo guardé para escribirle estos días. No sabía exactamente qué decirle ni en qué tono. Si solo hablarle de los libros o si realmente quería saber algo más de él. Si él sabía algo de todo esto, de mi madre, de que tal vez...

Rebeca aparte me dejó un mensaje. Lo escuché. A los cuatro minutos y quince segundos se terminó el audio y sentí que nuestra conversación acerca del Toño se estaba terminado para siempre.

Antes de cerrar la ventana comencé a fijarme que las nubes empezaron a alejarse. Una parecía una larga serpiente enrollada como la cirrostratus; otras, con formas de distintos animales, cumulonimbus e incluso alcancé a divisar un oso panda y su cuidador. Iban cada vez más lejos y ya sin formas. Dejé la ventana abierta, así entraba aire de lluvia. Un aire que se mezcla con el olor de la tierra y el musgo. Cuando niña, visitaba al campo de mis abuelos paternos y andaba descalza por horas en la tierra o en el pasto mojado. Entonces cazaba saltamontes, lagartijas y las operaba con una lavaza de jabón y vinagre hasta que explotaban en mis manos.

\* \* \*

Apenas me avisaron, hace dos meses, que me había ganado la beca para ir a Banff, viajé directo a Rancagua a hablar con mi madre y mi padre. Quería contarles que estaría al menos dos años en Canadá haciendo lo que más me gusta hacer en el mundo: investigar. Encontrar alguna técnica alternativa a la siembra de nubes y atacar así, sin sustancias tóxicas, la sequía de los campos, los cultivos. Incluso que podría no regresar si es que me contrataban allá.

Viajé en un bus llenísimo. El camino estaba expedito y era hermoso, verde, amarillo en ciertos tramos, en otros más verde o naranja. Fui mirando casi todo el

tiempo por la ventana esa ruta que ya conocía de memoria. Tal vez ya había hecho más de cien veces en mi vida. El sol estaba imponente, nada vaticinaba que a los días iba a haber un temporal. El cielo rojo: solo un par de nubes blancas nos protegían de lo violento que puede volverse el sol en primavera. Saqué un cuaderno, anoté las formas, la velocidad con que se movían de un lado y otro, y abajo, en un recuadro pequeño marcado con destacador, la temperatura de ese momento: dieciocho grados.

Tengo más de doscientas libretas con apuntes de nubes. Las guardo en el clóset de mi departamento, que más que ropa, está lleno de muestras, fotos, frascos y libretas.

Para leer en el viaje llevé los dos libros que pensaba quedarme de la biblioteca del Toño, *Los niños de Rusia* de la escritora francesa Julia Auger y *Los pasos perdidos* de Carpentier. Lo decidí cuando leí la inscripción que tenían en la primera página: “No regalar nunca, por favor”.

\* \* \*

Llegué a la casa de mis padres y estaban ambos. Aún tenía las llaves. Mi madre me decía que era bueno que las tuviese. A veces llegaba por las tardes y ellos no estaban. Una casa esquina, de madera forrada y pintada entera de blanco donde viví años. Un cerco enorme a la entrada, lleno de rosas rojas que sacábamos para poner en floreros. Una acequia alrededor de toda la casa, en la que mojábamos nuestros pies cuando los vecinos de más arriba aún no se habían apropiado del agua. Poníamos una compuerta y todo se inundaba de esa agua turbia que había hecho un largo y complejo recorrido desde la cordillera hasta nuestra casa.

Al rato sirvieron la cena. Llevé un pinot noir que sabía iba a acabar rápido con mi padre porque mi madre no bebe ni una gota de alcohol. Nos sentamos a comer, habían encargado comida china. Pusieron platos desechables de aluminio en la mesa.

Abrí la botella de vino y me miraron expectantes. Les dije que necesitaba contarles algo. Seguro pensaron que estaba embarazada de Arturo. Mantuve el silencio solo unos segundos, no quería hacerles ilusiones de que serían abuelos. Ellos sabían que no iba a traer un hijo al mundo. Que en pocos años todo esto se acabaría, que quedaba nada, no más de veinte años.

Anuncié lo de la beca. Mi padre se limpió la boca con la servilleta de tela y se sirvió más vino, también volvió a llenar mi copa. Agarró el mando de la radio para sintonizar otra frecuencia. Primero, un noticiero que hablaba de las elecciones que se venían en Chile en diciembre. Lo cambió de inmediato.

Una cumbia: “Mientras dormía, cantaba”. La versión de la Sonora Palacio.

Radiohead. “Creep”.



Otro noticiero.

Algo de *death metal*.

Elton John.

Propagandas de una farmacia local.

El aviso de una crema que cura las cicatrices, a base de rosa mosqueta.

Por último una canción de Alex Andwanter, donde se quedó unos minutos:  
“Si pescamos un auto / Y nos vamos bien lejos / Cuántos kilómetros deben bastar...”.

